

Tumbas

Jaime Labastida

Aquí está la escalera, destruida ya,
que va del Tíber a lo alto de la Mole
y el Castillo del Ángel... ¿Qué resta
de la tumba de Adriano? Vislumbro,
entre escombros, la estela que indicaba
dónde estaban sus restos: un nicho vacío
y en la penumbra. ¿En dónde está la urna
funeraria, hecha toda de mármol, eterna
en su esplendor, que guardaría
sus huesos contra la injuria de los hombres?

La tumba de granito, que conserva las cenizas
del emperador, asesinado acaso con arsénico
por los ingleses fríos, está en el fondo
de un Hotel para Inválidos de Guerra.

Los sarcófagos de hierro de los reyes
austriacos se amontonan en una bóveda
oscura. Huesos de príncipes se guardan,
secos, en el Palacio seco del Escorial,
donde se pudren todos
los que gobernaron el imperio.

En ese momento súbito advertí
que no había puertas, que el camino
en donde estoy ahora lo iniciaron
tal vez las mariposas, algún ave pequeña
sepultada en el jardín de abril, los perros,
los caballos, los animales pasmosos
de mi infancia. Más tarde,
los abuelos; los padres, luego.
Ahora algún hermano, quizás algún
amigo, muy pronto seré yo,
alguno de mis hijos o los hijos
de los hijos de mis hijos.

Escucho entonces el rumor espeso
que siega, sin sonrisas, las sombras
que abrazan la pared, llena de luz,
del mes de octubre. El futuro está aquí,
cadáveres lo anuncian. Estoy tranquilo
ya, pues nada espero.

Percibo, mientras tanto, la paz entre los fresnos
que rodean las lápidas de aquellos dos
varones que fundaron la lingüística
o desbrozaron el conocimiento de la Tierra
y me pregunto allí *quién soy*,
adónde voy y qué me he hecho.

Berlín, en el Schloss Tegel, junto a las tumbas de Wilhelm y Alexander von Humboldt, octubre de 1999-mayo de 2016.